

Primera fila ICULT

La violencia como seña de identidad de un país en conflicto

México ensangrentado

► La narcoliteratura amplía sus frentes, renueva sus filas y no pide perdón por intentar entender la realidad

ELENA HEVIA BARCELONA

Cuando hace más de una década Roberto Bolaño, en su novela *2666*, quiso reflejar el mal absoluto en el siglo XX, puso el foco pormenorizado y terrible en la ciudad fronteriza de Ciudad Juárez, en México, donde cada día moría una mujer a manos de un hombre macho, vinculado a la droga, con el suficiente dinero y armas como para sentirse impune. La del escritor chileno era una mirada metafísica pero también real, concreta, sobre el clima de crueldad extrema que vive el país.

Desde entonces y hasta ahora, mostrar la violencia en las letras mexicanas se ha convertido en un paso ineludible para buen número de escritores guiados por una voluntad estrictamente literaria. Es una lista que siempre se renueva en la que caben nombres como Carlos Velázquez, Julian Herbert, Juan Pablo Villalobos, César Silva Márquez, Emiliano Monge o el más celebrado de todos ellos en Europa, Yuri Herrera. Sin olvidar a un autor de novela negra como Elmer Mendoza, que desde la literatura de género está construyendo su particular retrato del conflicto. Además acaba de recuperarse otro *thriller*, *La paz de los sepulcros* (Al revés), de un autor tan poco asociado a la narcoliteratura como Jorge Volpi.

GRAN CRONISTA // «En México el narcotráfico ha crecido patrocinado por las instituciones. Por eso ha sido tan corrosivo. No es solo trasiego de droga, implica lavado de dinero, tráfico de mujeres, asesinatos, explotaciones, secuestros y robos», explica el periodista y ensayista Sergio González Rodríguez (Ciudad de México, 1950), gran cronista de la violencia en su país, después de haber recibido en Barcelona el Premio Casa de América a la Libertad de Expresión. La corrupción en todos los niveles ha calado de tal manera que intentar reflejar la sociedad mexicana implica necesariamente retratar su violencia, de forma soterrada o de manera más evidente.



SERGIO GONZÁLEZ RODRÍGUEZ
► Fue un personaje de Bolaño.



EMILIANO MONGE
► Premio Jaén del 2012.



CARLOS VELÁZQUEZ
► Cronista del norte de México.



ELMER MENDOZA
► El rey del 'narcotriller'.



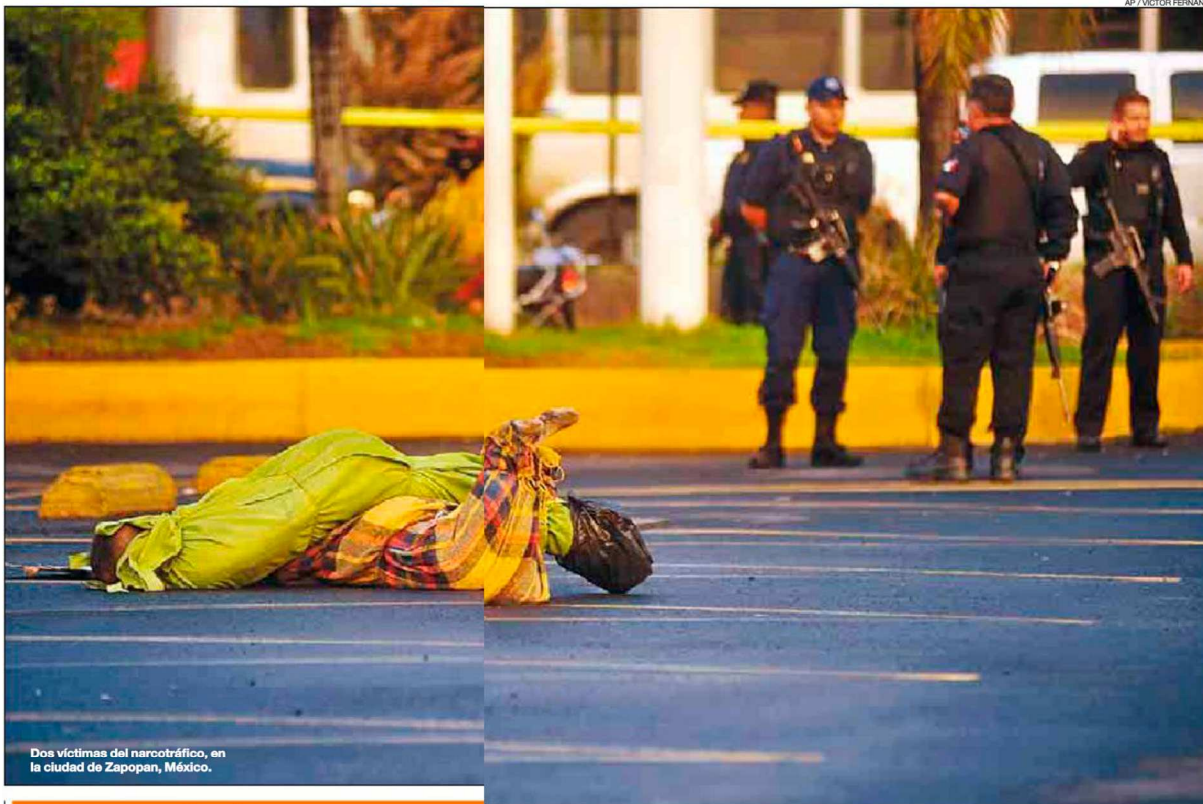
JORGE VOLPI
► Un autor 'mainstream'.

Frente al debate que suele darse en México sobre si utilizar literariamente el conflicto entraña un cierto oportunismo, una fácil carta de presentación que propicia la comercialización en Europa y Estados Unidos, González Rodríguez «cuyo libro *Huevos en el desierto* inspiró a Bolaño, quien también lo incluyó como personaje en *2666*», cree que eso es una visión muy «pacata» y desviada de la literatura. «Las épocas de caos suelen propiciar una gran creatividad. Y en la época isabelina nadie apareció para decir: *¡Qué mala cosa es de la violencia, dejen ya de escribir sobre ella!*». González Rodríguez ve más una pugna de prestigio en esa discusión. «Hay autores que se escudan en la queja de que no se les reconoce porque no escriben sobre el tema. Es casi un asunto de sociología literaria».

Y no solo la ficción ofrece interesantes autores: también la crónica periodística da buenos frutos. González Rodríguez menciona a Fabrice Mejjia y al salvadoreño Oscar Martínez: «Martínez es un periodista extraordinario que se juega la vida con sus reportajes y tan inteligente como para saber qué línea no debe traspasar. Fue capaz de hacer ocho veces el trayecto de un tren llamado *La Bestia* que atraviesa todo México en condiciones inhumanas y en el que suelen haber secuestros, asaltos y violaciones».

DOS ESCRITORES // Jóvenes y residentes circunstanciales en Barcelona, Emiliano Monge (Ciudad de México, 1978), que ganó el Premio Jaén de novela con la brutal y desoladora *El cielo árido*, y el noroeste y *destructor* Carlos Velázquez (Coahuila, 1978), que publicó en España la mutante *La Biblia vaquera*, debatieron sus particulares concepciones de la violencia en un encuentro en Casa América. Velázquez, que procede de Coahuila, que exhibe el dudoso honor de ser la ciudad más violenta de México, acaba de publicar en su país *El karma de vivir en el norte*, una cró-

Pasa a la página siguiente



Dos víctimas del narcotráfico, en la ciudad de Zapopan, México.

YURI HERRERA Novelista

«La palabra sirve para no repetir los mismos errores»

E. H. BARCELONA

Yuri Herrera (Actopan, 1970) es posiblemente el autor literario mexicano que, hoy por hoy, exhibe la visión más poderosa y a la vez más desgada del conflicto. Entrar en sus novelas *Los trabajos del reino*, *Señales que precederán al fin del mundo* y la reciente *La migración de los cuerpos* (todas en Periferia) implica una exigente experiencia lectora.

► ¿Escribir en el norte de México es un destino para un autor? «Bueno, yo ya no vivo en el norte de México, viví en El Paso, que está pegado a Ciudad Juárez, donde escribí *Trabajos del reino*, que es una historia sobre la relación entre el arte y el po-

der. El espacio que pude conocer en ese entonces (una sociedad maniatada por el crimen, la explotación laboral, el clasismo) fue propicio para contarla.

► ¿La palabra puede ser un leitmotiv contra la violencia o bien una forma de entenderla? «Ambas cosas. Una manera de entender sus causas, pero también una herramienta para intentar no repetir los mismos errores.

► ¿Existe un trasfondo religioso consciente en su literatura que entronca con su lenguaje? «No practico ninguna religión, pero me gustan los textos que han sido sacralizados en distintas culturas, su densidad, su intención comprensiva, la manera en que están poblados de dramas a través de los cuales intentan dar cuenta de la condición humana. Es uno de los varios insumos a los que recorro constantemente, junto a (lo que llaman) «lenguaje popular», la literatura medie-

der. El espacio que pude conocer en ese entonces (una sociedad maniatada por el crimen, la explotación laboral, el clasismo) fue propicio para contarla.

► ¿Existe un trasfondo religioso consciente en su literatura que entronca con su lenguaje? «No practico ninguna religión, pero me gustan los textos que han sido sacralizados en distintas culturas, su densidad, su intención comprensiva, la manera en que están poblados de dramas a través de los cuales intentan dar cuenta de la condición humana. Es uno de los varios insumos a los que recorro constantemente, junto a (lo que llaman) «lenguaje popular», la literatura medie-

der. El espacio que pude conocer en ese entonces (una sociedad maniatada por el crimen, la explotación laboral, el clasismo) fue propicio para contarla.



► Yuri Herrera.

val y la invención propia.

► ¿Cree que la violencia es la seña de identidad de la actual literatura mexicana? «Es una seña indudable de la situación política, y la literatura da cuen-

ta de ello. La violencia marca muchos aspectos de la vida cotidiana en México, la vida productiva, las actividades políticas, la práctica del periodismo y, claro, también la manera de narrar.

► ¿Qué significado tiene esa epidemia en la que se enmarca *La migración de los cuerpos*? «Es el contexto en el cual se da la historia del Alfaqueque, un hombre que no quiere salir de casa, porque ahí afuera hay un mundo enloquecido por el miedo, pero que debe hacerlo porque se dedica a resolver problemas y hay uno que no puede dejar de atender. Como parte de esta historia, tal cual, espero que sea leída. Pero también, por supuesto, puede ser leída al lado del ambiente de paranoia en que se ha sumergido el país los últimos años, con un crimen organizado boyante, partes de la clase política y de la clase empresarial convertidas en sectores de la clase criminal, y un sistema de justicia inoperante. ■

► ¿Cree que la violencia es la seña de identidad de la actual literatura mexicana? «Es una seña indudable de la situación política, y la literatura da cuen-

ta de ello. La violencia marca muchos aspectos de la vida cotidiana en México, la vida productiva, las actividades políticas, la práctica del periodismo y, claro, también la manera de narrar.

Viene de la página anterior

nica de cómo le afecta ese clima como ciudadano de a pie. «Vivimos en un lugar donde lamentábamos que nunca ocurría nada hasta que llegaron los cárteles. Jamás se me había ocurrido escribir sobre lo que ocurría allí hasta que estalló. Quería llevar a mi hija a su clase de ballet, pero no pude porque empezaron a tirar cadáveres por las calles en bolsas negras».

El territorio noroeste, mestizo y fronterizo de México es el epicentro del conflicto, aunque algunos autores constaten que ahora el país al completo se ha «fronterizado» y el clima de crispación está en todas partes. «Creo que en el norte no nos asumimos como mexicanos. Nuestras vidas se parecen más a una novela de Cormac McCarthy y es fácil identificarse antes con una serie televisiva como *The Wire* que con cualquier otra cosa», cuenta Velázquez de una zona que también es, desde el punto de vista literario, uno de los sus-

«El narcotráfico ha crecido en México patrocinado por las instituciones», dice González Rodríguez

tratos más ricos para la ficción y una gran posibilidad para un lenguaje extremadamente vivo, muy vinculado a la música popular. «No creo que eso sea por su contacto con el inglés, creo que más bien es porque los escritores de allí tienen todavía un corrido en la cabeza», asegura Monge.

La mirada del capitalino Monge es más urbana, pero no por ello más complaciente. Hay que atarse bien los machos para enfrentarse a su terrible *El cielo árido*. Su concepción de la violencia es sobre todo metafísica, más desposeída de acción, más centrada en los individuos. De hecho, se irrita bastante cuando se le pregunta por la violencia mexicana considerada como un fenómeno reciente. «Me cansa un poco oír decir que la violencia llegó de pronto lo que en cierta forma es la tesis de su novela. No fue la guerra contra el narcotráfico lo que la trajo. Las crónicas de Indias fueron escritas por soldados y sus primeros escritos tuvieron como tema principal la violencia. Los hijos de nadie que fueron revolucionarios, luego fueron cristeros y hoy son sicarios».

Monge, Velázquez y también Herrera son un buen ejemplo para González Rodríguez de cómo abordar el espinoso tema de la violencia sin mitificarlo. «Debe haber un punto de equilibrio entre el impacto patético para que no se incurra en la simple emotividad, tampoco debe ser una simple denuncia. La narración tendría que abordarse como un reto formal buscando la complejidad. Solo así se evitará la banalización. ■